



Niños de hoy Mari Carmen Diez Navarro

► Maestra, psicopedagoga y asesora pedagógica de la Escuela Infantil Aire Libre de Alicante

CONTIGO APRENDÍ

Hace unos días regresé de un viaje a Montevideo en el que he tenido el gusto de entrar en contacto con bastantes maestras de Educación Infantil, con las que he compartido reflexiones, preocupaciones y experiencias acerca de las prácticas cotidianas en los centros escolares, suyos y nuestros.

Una de las cosas que hablamos fue el papel fundamental de la acogida particularizada en la escuela a los niños y niñas con sus diferentes familias, historias, temperamentos y aptitudes. Cuando un nuevo curso escolar empieza su andadura, se desencadenan muchos encuentros: cada niño con su maestro, cada docente con su grupo, cada familia con el educador de sus hijos, cada alumno con sus compañeros, cada maestro con su equipo.

Encuentros en torno al aprendizaje, pero revestidos de vínculos, de emociones, de nuevos apegos, de deseos, de inseguridades, de miedos y de esperanzas. Y hace falta lograr lazos de suficiente entidad, resistencia y afecto para que los implicados en el hecho educativo se sientan bien en sus res-

pectivos lugares. Es necesario instalar dispositivos, procedimientos y empatías lo bastante potentes como para que cada cual perciba que puede ser él mismo, que no va a diluirse en el seno del grupo, que va a tener un sitio genuinamente suyo en las instituciones escolares que lo reciben.

Para nuestros niños más pequeños es imprescindible notar las miradas comprensivas de sus maestros animándoles a crecer, a avanzar y a aprender con implicación y alegría. Iniciar un curso escolar es algo muy delicado y supone gran dedicación y una puesta en juego valiente de toda la sensibilidad, los recursos pedagógicos y la intensidad sentimental que cada cual tenga en su haber.

También comentamos el difícil momento social, político y cultural que vivimos, envueltos en las imposiciones del consumo, de la moda, de la economía, de los medios, de la globalización. Y de los problemas que acechan a las infancias de hoy, y que en unos casos serán: sobreprotección, soledad, estrés, exigencia, o sobre estimulación y en otros: pobreza, hambre, guerra y carencias

de todo tipo.

Conveníamos que hay un fenómeno actual muy generalizado que está dañando la crianza. Y es el olvido creciente de que para criar y educar a un niño no sólo hacen falta sus padres, sino todo el entorno que le rodea: la familia extensa, los vecinos, los maestros, los amigos, la sociedad, la cultura, los medios... Aquello de «para criar a un niño hace falta toda una tribu», que tantas veces se repleta, pero que, por lo visto, no acaba de cuajar en las dinámicas de vida de este momento.

Sin embargo, a poco que observemos y pensemos, se puede concluir que los niños necesitan presencias, contención, cuidados y guía. Que no podemos renunciar al papel educador que nos corresponde como adultos, que ni podemos negarnos a responder a sus preguntas, ni dejar de ver sus proezas, ni mirar hacia otro lado cuando los vemos destrozar un árbol, pelearse o ponerse en peligro. No nos podemos desentender. No se puede ignorar a la infancia. Los niños están al lado nuestro y nos necesitan.

Coincidimos en algunas otras problemáticas, como las presiones que se dan aquí y allí hacia una escolarización de la primera infancia enfocada en la preparación para Primaria, y no con un tratamiento específico pensando en que los niños pequeños tienen unas características definidas y especiales en sus primeros años: están construyendo su psiquismo y su personalidad, aprenden con

la exploración y el juego, han de ir pasando del impulso, la curiosidad y la intuición a la lógica, la simbolización y el pensamiento ordenado. Además de que tienen que conocer y controlar su cuerpo, adquirir el lenguaje, estrenar su creatividad, acercarse a los demás...

Ellas me hablaron, con orgullo y satisfacción, de su marco curricular reciente para la educación inicial, en el que se contemplan aspectos tan importantes como el juego, la exploración, la cultura, la creatividad, los cuidados, los sentimientos, el respeto, los aprendizajes y la relación con las familias. Y mientras me decían estas cosas, yo pensaba en las fichas que circulan por aquí, en los cuadernillos, en los deberes y en las demandas que tantas veces agobian a nuestros niños con el objetivo de que corran, adelanten y aprendan. Pero más desde el adiestramiento, la exigencia o el deseo de los mayores, que desde su propia motivación, que lleva otro ritmo, otros caminos y otras ilusiones.

Para mí es tan hermoso encontrarme con un antiguo alumno y que me diga: «Contigo aprendí a hacer teatro», «Contigo aprendí a bailar», «Contigo aprendí a no tener miedo», «Contigo aprendí a inventar cuentos»,

«Contigo aprendí a comer pescado», «Contigo aprendí a escribir cartas»... La Educación Infantil es una etapa muy importante, pero no precisamente para «adelantar» lo que vendrá después, sino para vivir lo que viene ahora.

ILUSTRACIÓN DE M. C. D.

